

Palabras textuales: Audición del Presidente José Mujica correspondiente al 6 de febrero de 2015

Es un gusto, amigos, saludarlos en este verano singular —y quiero señalar la palabra “singular” en el sentido de que hemos tenido un clima bastante abundante en agua, por lo menos muy por encima de la mediana matemática— Este hecho de que ha llovido nos da una visión del campo uruguayo en pleno verano, totalmente distinto, porque todavía los pastizales abundan porque al haber humedad suficiente el ciclo de los pastos responde y allí está la masa verde que mucho tiene que ver con el recurso ganadero y lechero.

Pero al mismo tiempo es un año esplendoroso para los maizales. No recordamos en varios años haber visto una cosa semejante al estado del maíz, una planta, una gramínea ávida en agua, sobre todo en algunos momentos especiales de su ciclo.

Y otro tanto acontece con la soya, porque no sabemos cuánto de mucho o de menos se sembró, pero a ojo de buen cubero creemos que el rendimiento por hectárea va a ser récord. No recordamos haber visto tan generalizadamente los cultivos de soya tan esplendorosos, por lo menos en la cantidad de follaje, la altura de las plantas. Y esperamos por todo ello que la cosecha traducida en kilos probablemente sea un récord por hectárea sembrada.

Y esto vale para las siembras de primavera, para las siembras tempranas y para las siembras tardías o de segunda, como se dice en el campo.

Y ¿por qué me detengo en estos detalles? Me detengo porque el peor ciego es el que no quiere ver y esto nos está dando la primera lección; la importancia del recurso agua disponible en el suelo. Primera cosa que el Uruguay debe luchar por entender, porque esto va a tener una importancia de futuro enorme y en el Uruguay nos damos el lujo de que el 90 % del agua de lluvia se vaya al mar y aquello que es agua dulce se transforme en agua salada. Y por lo tanto es obvio que una de las maneras de enriquecer al Uruguay es aprender a regar y aprender a retener el agua, parte del agua que llueve, y que corre por los recursos naturales y se nos va al mar.

Es como quien desperdicia riqueza. Seguramente que este es uno de los eventos más importantes para desarrollar este país y esto se va a entender por lo que vamos a decir mucho más adelante.

Pero el insumo agua es por lejos el primer insumo en grado de importancia para cualquier explotación de índole agropecuaria y así lo enseña la historia de la humanidad, que logró desarrollar formidables civilizaciones allí donde aprendió a manejar el agua disponible en las cuencas de grandes ríos, como el Nilo, la Mesopotamia, el río Amarillo. O lo que lograron civilizaciones como la de los incas, aprovechando la acumulación y los deshielos de primavera en las montañas; y aprendiendo a retener y conducir el agua para usarla en el momento y lugar oportuno.

Ese hecho permitió gigantescas poblaciones en las condiciones de su tiempo y el mantenimiento de gigantescas poblaciones permitió el desarrollo de civilizaciones con una alta división del trabajo. Y esto tiene mucho que ver con la historia del hombre.

Estas leyes tan viejas, tan eternas, conviene recordarlas, porque son una especie de docencia, sobre todo para este país. El Uruguay es un país agroexportador y todos los sabemos.

Y lo será por mucho tiempo y lo será porque simplemente esa es la parte más competitiva de toda nuestra economía a escala internacional. También sabemos, esto lo sabemos, salimos a la lucha mundial de los mercados, contra viento y marea en un mundo donde lo que menos existe es libertad de comercio. Salimos contra todas las formas de subsidio imaginables y contra todas las formas de barreras arancelarias que se puedan concebir. Y de las otras barreras no necesariamente arancelarias, que permiten a veces la firma de tratados. Y no es casualidad que la mayor empresa del Uruguay, la de mayor tamaño, la de mayor movimiento sea precisamente una empresa dedicada a la agroexportación, porfiadamente. La más grande en materia de exportación de América Latina y que tiene asiento en un pequeño país. Eso sería imposible si no fuera entre otras cosas por las condiciones del país.

Y todos sabemos que ese proceso de agroexportación para nosotros es fundamental, porque con él cubrimos los enormes costos de lo mucho que tenemos que importar para poder vivir en nuestra sociedad.

Ni los telefonitos, ni los televisores, ni los autitos con los que andamos, ni la inmensa mayoría de los medicamentos con los que nos curamos y la multitud de materiales con la que construimos nuestras viviendas, nuestros tendidos eléctricos, etc. Nada de eso producimos y lo importamos; y en el fondo lo pagamos. Lo trocamos con el esfuerzo de nuestras agro exportaciones.

De acá deriva que el progreso general, global del país, su forma de vida, su desarrollo tecnológico exige cada vez más y más el incremento en materia de volumen y en materia de calidad de nuestras agroexportaciones.

Si queremos desarrollar muchas formas de vida, investigar y calificar a nuestra gente, necesitamos medios. Para que esos medios existan tenemos que multiplicar la productividad de nuestra tierra, de nuestros cultivos y animales, etc. Esto es una cadena.

Sin embargo, por las características sociológicas del país, por su altísima urbanización, tal vez, que tiene razones históricas y distribución de la propiedad, lo que importa señalar es que muchísima gente con esa cultura urbana no puede dimensionar la importancia que tienen estos fenómenos. No puede ver que hay que luchar, por ejemplo, por calificar técnicamente al trabajador rural del hoy y mucho más el de mañana. Porque esa es una herramienta imprescindible para aumentar la productividad de nuestro campo.

Y eso se llama expandir por el país todas las ramas de la docencia agraria y expandir el conocimiento en una multitud de profesiones que pueden apoyar lo agrario sin que ello signifique que tengan que trabajar la tierra, pero tiene que trabajar la tierra diferenciadamente en una multitud de actividades como la tecno-mecánica. Eso significa expandir a la UTU, expandir esa docencia en el interior, incluso en el interior rural y expandir la formación terciaria de más alta calificación, para que ese proceso global de aumento global de la productividad pueda seguir caminando y respalde la necesidad de crecimiento que tiene todo el país.

Esto significa, entre otras cosas, multiplicar la investigación, pero previamente formar investigadores, esto significa expandir la extensión del conocimiento, la aplicación del conocimiento por el país.

Pero a todo esto habría que sumar políticas específicas, porque hay que entender la importancia que tienen ya hoy las políticas de riego, porque vuelvo a insistir el agua es un insumo insustituible y la administración del agua para los momentos álgidos, adecuados, es un seguro de vida para la vida vegetal y animal, pero además es un seguro de productividad.

Pero el Uruguay pensante, el que escribe periódicos, el que difunde noticias, muy frecuentemente, desgraciadamente, está a años luz de sentir la preocupación intelectual por estos fenómenos. Siguen pensando con lugares comunes que los bienes primarios, como se dice, por su naturaleza, no agregan valor y que como tal son poco importantes para el futuro del país.

El Uruguay pensante no entiende, no puede entender que el concepto de industrializar es en el fondo el desafío permanente de generar más valor en menos tiempo y es, por lo tanto, un concepto de filosofía económica. Y que pueda aplicarse para una economía de chimeneas o puede aplicarse para una economía de fotosíntesis. Uruguay sigue razonando con arcaísmo y termina sin darse cuenta como despreciándose a sí mismo, sin entenderse a sí mismo. Sin poder atender que estamos entrando en el explosivo siglo de la biología y que ello es posible porque explotó la informática y otras ciencias de apoyo que hacen posible avanzar a zancadas en el campo de la biología. Y todo esto tiene aplicaciones cada vez más sutiles en el mundo agropecuario y es posible pensar un país altamente desarrollado por la cantidad de valor que saca por cada jornada de trabajo a partir de una economía agraria, pero muy moderna, como es el caso de Nueva Zelandia. Nos cuesta enormemente entender, y lo siento en los discursos y en el hablar, desgraciadamente. No es que todo el mundo tenga que ser trabajador agrario o empresario agrario, nada de eso. Es que desde el punto de vista intelectual, el Uruguay, los formadores de opinión de Uruguay, es como si rechazaran el reconocernos a nosotros mismos, en nuestras posibilidades y en nuestras falencias. Es como si fuéramos algo como consecuencia de la naturaleza, pero no somos algo por el desarrollo de la voluntad disciplinada del hombre para ser con los recursos naturales mucho mejor de lo que somos.

Y entonces, naturalmente, se nos entreveran las prioridades, o mejor dicho no tenemos prioridades para nada, y entonces es lo mismo una cosa que la otra y no nos damos la repercusión que pueden tener políticas en un sentido y en el otro.

Y en estas cosas hay que utilizar más la cabeza, porque no se arreglan solo con ciertas medidas aisladas, porque ciertas medidas aisladas no se pueden llevar adelante porque en el fondo la opinión pública no las acompaña porque no las entiende. Y no las entiende la opinión pública porque estamos muy lejos que se divulguen como necesidades prioritarias de carácter nacional.

Cuando tuve que elegir un ministro de agricultura no fui a elegir a un amigo, sino que fui a elegir alguien que por su oficio era especialista en el manejo del agua. Sabemos que casi el 90 % del agua que se consume en este país, agua dulce, se gasta en el arroz. Y hace rato que soy de los que piensan que la introducción y masificación del riego en todos los rincones posibles

del país es una forma de multiplicar el valor que saca este país. Hace rato que sé que no se puede estar a la desgracia de tener un verano seco y quedar prácticamente con las ruedas para arriba, porque el costo que tiene una siembra, cuando se le pone la mejor semilla, el mejor fertilizante, el mejor trabajo, todo es inútil si falta el agua en el momento adecuado. Y entonces, si antes no era tan imprescindible por la baja inversión que significaba cultivar, hoy empieza a ser imprescindible porque no se puede jugar a la ruleta de que llueva o no llueva.

Desgraciadamente, cuesta que esto entre en el alma popular, y aquello que no entra en el alma popular no tiene fuerza. No se puede arreglar con medidas de digitación desde las alturas, si no hay una fuerte presión de opinión pública, pero no se ha construido la opinión pública de un país agro exportador para que sea a conciencia lo que al parecer los recursos naturales y la historia determinaron. Es como si fuésemos algo a pesar de nosotros mismos.

Hora vendrá en que esto cambiará, pero esto es parte de la lucha, entendernos a nosotros mismos como nación porque atrás de estas cosas está nuestra cascoteada humanidad, nuestro nivel de vida, los recursos para atender las vicisitudes de la salud, de la enseñanza, del reparto de los bienes público. En definitiva, estas son cosas que a la larga son determinantes porque repercuten en el andar de la nación.

Hago votos para que vayamos entendiendo, y hago votos que esta políticas apenas insinuadas hoy, se puedan ir afirmando en los años venideros y que no sean patrimonio de Juan, Diego Pedro o tengan color político, y que sean propiedad masiva del pensar de la nación porque solo así serán francamente viables y sostenibles en el tiempo. En el fondo por el bien de todos.